

La sombra de la profesora

(A JUAN FRANCISCO ELGUERA).

HAN pasado veinte años, y la visión de aquel alocado kindergarten, con directora francesa y esférica, con jaulas de canarios y chirloques en el patio de recreo, en cuyas esquinas se erguían macetas más grandes que las profesoras, la conservo latente en mi retina. Frente al colegio arreglado en un segundo piso con balcón colonial se extendían las paredes amplias, lisas y gualdas de un convento de monjas. Y en torno a las puertas del convento, coronadas por un Crucifijo de madera apolillada, se agrupaban todas las mañanas, fruterías de San Mateo y Matucana y franciscanos mendigos.

Reviven en mi memoria con emoción gozosa las pláticas que madame Cecil, la directora, nos dirigía a Andrés, camarada inseparable, y a mí, cuando, durante las clases, raptábamos naranjas, nísperos y fiambres de las cestas de las desprevenidas alumnas. Mi alegría de los cinco años halló entonces fraterna reciprocidad en el espíritu jocundo de Andrés, cuya mano era maestra, en reproducir sobre la inmensa pizarra de matemáticas la estatua ecuestre del libertador Bolívar. Y juntos cuando salíamos del colegio, cuya escalera de mármol salvábamos a trancos, o descolgábamos por los pasamanos, mientras los fámulos nos reñían nerviosos, nos deteníamos a tocar los timbres de las casas, a zaherir a los vendedores ambulantes, y a ponerles banderillas a los asiáticos. Entre el sendero accidentado, lleno de encrucijadas, que ha corrido alborotada mi vida, yo columbro, dorados por una amargura húmeda como amasados y corporizados con lágrimas, mi infancia y mi kindergarten. Y aquel colegio de madame Cecil, y aquel condiscípulo pintamonas, y aquellos pájaros que piaban incesantes, y aquellos coolís que nosotros aburríamos, huyendo por la calzada como granujas del arroyo, y aquella bodega de la esquina, de cuyos techos pendían lonjas de jamón siempre encedido, estriaron mi vida, y la huella, lejos de borrarse, permanece límpida y transparente.

Una tarde, sobre todo. Una tarde en que, habiendo volcado Andrés el tintero sobre la plana de vocales, la pasante Elisa vino a reprendernos.

—Hay que estar formales. Quietas esas manos.

Era fea Elisa con una fealdad áspera de terracota. Los ojos turbios con pestañas duras y gruesas, fuertes manos de marimacho, cuello interminable, trajes siempre serios y plomos.

Su voz rascaba como un cepillo; así de tartajosa e ingrata.

Le teníamos respeto y miedo. Cuando sus falanges caían como látigos sobre el pupitre, se helaban nuestras carpetas. Y bastaba que ella se irguiera de la silla como para avanzar hacia nosotros, para que nuestras miradas fugaran de los libros a los mapas, y de los mapas al vacío. Era obstinada como una sombra. En ratos de ocio

procurábamos retratarla, con robustos lápices rojos, exagerándole desmesuradamente los ojos redondos y la boca larga de reptil. La odiábamos con tenacidad india.

Y bien, figuraos que una tarde, esa tarde imperecedera, después de la escena borrascosa de la reprimenda, llegaba Elisa hasta mí y, tomando mi cabeza entre sus manos, y oprimiéndola, me decía:

—¿Qué rostro más bonito el mío?... ¿Qué ojos como éstos?... Como una estampa, mira, como una estampa.

Loca estaba, sin duda.

Y se afirmaba en una lógica deslabazada tratando de convencerme de su hermosura imposible.

LA CLAVE DE MI VIDA...

*Amor, cómo en tu onda me llega desde lejos
una fragancia conocida...!*

*Amor, entre las flores de los amores viejos,
reposa el ansia de mi vida...!*

*Impetu de azarosos instantes! Oh Dios mío,
así he perdido en el derroche
el inefable orgullo de verme todo mío
frente al engaño de la noche...!*

*Somos de ayer, y estamos clavados al futuro
como a una recia cruz sombría...*

*Amor, sólo te doy mi pobre canto obscuro
y mi dolorosa ironía.*

*Y que no vuelva a ser juguete del instante
en que he olvidado de mí mismo,
daba mi corazón, como un clavel flagrante,
a todo viento de optimismo...*

**

*Tú, silenciosa y blanca, que desde lejos miras
este dolor que fué alegría remota;
que conoces la angustia de amorosas mentiras
y te es furtiva la derrota...*

*Onda de luz divina... Efluvio de consuelo...!
De un árbol de armonía extraordinario fruto...!
En tu frente inaudita halla su aurora el cielo
y la noche le hurta negros a tu luto.*

*Tú, que llevas el halo, y que en blancas unciones
te das tan generosamente,
en esta atormentada sed de los corazones
sé, para el mío, agua de palestina fuente...*

*Tiende hacia mi naufragio tus manos salvadoras;
dame el calor de tu ternura
y el pan de tu palabra que, en festivos horas,
adormecían mi amargura...*

*Como quien siembra un árbol, arroja tus semillas
a la boca que abre mi surco doloroso;
que yo te espero de rodillas,
y tu siembra ha de ser la de un laurel glorioso...*

*Reduce el infinito y ponlo a tu mirada:
arráncale el hondo secreto...
Y pon savia de vida con tu vida sagrada
en el árbol que tiene flacuras de esqueleto...*

*Que tuya es la honda clara que viene desde lejos,
y tuya es la sutil fragancia conocida,
y tu imagen se asoma a todos los espejos
donde el destino enuncia la clave de mi vida...!*

AGUSTÍN ACOSTA

Matanzas, Julio, de 1919.

(El Figaro. Habana).